La naturaleza política del absolutismo ha sido frecuente tema de controversia dentro del materialismo histórico. Prosiguiendo el análisis iniciado en *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, Anderson sitúa a los estados absolutistas de los comienzos de la Edad Moderna sobre el telón de fondo del anterior feudalismo europeo. En la primera parte de la obra se analizan las estructuras generales del absolutismo como sistema de estados, en Europa occidental, a partir del Renacimiento; y se discute la difícil cuestión de las relaciones entre monarquía y nobleza que se institucionalizan a través del Estado absolutista, para cuya transformación en el tiempo el autor propone un esquema general de periodización. Se estudian después las trayectorias de los estados absolutistas de España, Francia, Inglaterra y Suecia, comparándolos con el caso italiano, en el que no llegó a formarse un verdadero absolutismo.

La segunda parte esboza una perspectiva comparativa del absolutismo en Europa oriental, para tratar de comprender las razones por las que las distintas condiciones sociales de la mitad más atrasada del continente desembocan, no obstante, en formas políticas aparentemente similares a las occidentales. Se estudian las monarquías absolutistas de Prusia, Austria y Rusia; el contraejemplo polaco muestra cuál es el precio histórico de la incapacidad de la nobleza y la monarquía polacas para crear un Estado absolutista; el imperio otomano de los Balcanes se utiliza como contraste para subrayar la singularidad del absolutismo como fenómeno europeo.

La obra se cierra con una discusión de la posición especial que ocupa el desarrollo europeo en la historia universal, haciendo hincapié en el significado de la herencia de la Antigüedad clásica. Dos extensos apéndices estudian, por último, la noción de «modo de producción asiático» y la trayectoria histórica del feudalismo japonés, el único feudalismo surgido fuera de Europa.

Perry Anderson es bien conocido por su labor como editor y autor en *New Left Review*. Siglo XXI ha publicado también su obra *Consideraciones sobre el marxismo occidental*.

siglo veintiuno editores

ISBN 968-23-0946-8

9 789682 309465

EL ESTADO ABSOLUTISTA / perry anderson

# EL ESTADO ABSOLUTISTA

siglo veintiuno editores

perry anderson

*Traducción de*

SANTOS JULIÁ

# EL ESTADO ABSOLUTISTA

*por*

PERRY ANDERSON

## IV

Los imperios musulmanes de comienzos de la época moderna —de los que el imperio otomano era el más visible para Europa— tenían tras de sí unos largos antecedentes políticos e institucionales. El primer modelo árabe de conquista y conversión había encauzado el curso de la historia islámica dentro de ciertas líneas a las que siempre permaneció relativamente fiel. Los nómadas del desierto y los mercaderes urbanos fueron los dos grupos sociales que, si bien rechazaron inicialmente a Mahoma, aseguraron su éxito en el Hejaz: su enseñanza ofrecía precisamente una unificación ideológica y psíquica a una sociedad cuya cohesión de clanes y parentesco se estaba rasgando por las divisiones de clases en las calles, y las luchas tribales en las arenas, a medida que el intercambio mercantil disolvía las costumbres y los vínculos tradicionales a lo largo de las rutas comerciales del norte de la península [74]. Las tribus beduinas de Arabia, como la casi totalidad de los pastores nómadas, combinaban la propiedad individual de los rebaños con el uso colectivo de la tierra [75]: la propiedad privada agrícola era tan ajena a los desiertos del norte de Arabia como al Asia central. Por otra parte, los ricos mercaderes y banqueros de La Meca y Medina poseían tierras en los recintos urbanos y en sus inmediatos entornos rurales [76]. Cuando tuvieron lugar las primeras victorias islámicas, en las que participaron ambos grupos, el destino del suelo conquistado reflejó en su totalidad las concepciones de los habitantes de las ciudades: Mahoma sancionó la división del botín —incluyendo la tierra— entre los creyentes. Pero cuando, tras la muerte de Mahoma, los ejércitos árabes se expandieron por todo el Oriente Medio en los grandes *jihad's* islámicos del siglo VII, las tradiciones beduinas volvieron a implantarse bajo nuevas formas. Para empezar, las tierras de la monarquía —o simplemente enemigas— situadas en los imperios bizantino y persa, cuyos propietarios habían sido sometidos por la fuerza de las armas, fueron confiscadas y apropiadas por la comunidad islámica o *Umma*, dirigida por

[74] Sobre los antecedentes sociales de la aparición del Islam, véase Montgomery Watt, *Muhammad at Meca*, Oxford, 1953, pp. 16-20, 72-9, 141-4, 152-3.
[75] B. Lewis, *The Arabs in history*, Londres, 1950, p. 29.
[76] F. Lokkegaard, *Islamic taxation in the classical period*, Copenhague, 1950, pp. 20, 32.



el califa, que había sucedido a la autoridad del Profeta. Las tierras pertenecientes a infieles que habían aceptado una rendición negociada quedaron en posesión de éstos, aunque sujetas al pago de tributos. A los soldados árabes se les concedieron arrendamientos o *qatia* sobre las tierras confiscadas, o la posibilidad de comprar su propia tierra fuera de Arabia, sujeta al pago de diezmos religiosos [77].

Sin embargo, a mediados del siglo VIII había aparecido ya un impuesto sobre la tierra, o *jaray*, más o menos uniforme, que todos los agricultores tenían que pagar al califa cualquiera que fuese su fe, aunque los no creyentes tenían que pagar además una capitación discriminatoria o *jizya*. Al mismo tiempo, la categoría de tierra «sometida» experimentó una notable extensión a costa de la tierra «negociada» [78]. Estos cambios se afianzaron en tiempos de Omar II (717-20) por medio del establecimiento formal de la doctrina según la cual toda la tierra era por derecho de conquista propiedad del soberano, por la que todos los súbditos debían pagar rentas al califa. «Esta concepción del *fay* (botín), en su forma plenamente desarrollada, significa que el Estado se reserva para sí en todos los países sometidos el derecho absoluto sobre toda la tierra» [79]. Los vastos territorios del mundo musulmán, recientemente conquistados, pasaban a ser así propiedad del califato y a pesar de las diversas interpretaciones y de las derogaciones locales, el monopolio estatal de la tierra se convirtió a partir de entonces en un canon legal y tradicional de los sistemas políticos islámicos, desde los estados omeya y abásida hasta la Turquía otomana y la Persia safávida [80]. La inicial sospecha de Marx de que la difusión de este principio por toda Asia se debía en buena medida a la conquista islámica no estaba, por tanto, desprovista de todo fundamento. Naturalmente, su operatividad práctica fue casi siempre débil y deficiente, sobre todo en las primeras épocas de la historia islámica, es decir, en los siglos específicamente árabes que siguen a la Hégira, porque en este tiempo ninguna maquinaria política era capaz de implantar un control estatal pleno y eficaz sobre toda la propiedad agraria. Además, la misma existencia jurídica de ese monopolio blo-

[77] R. Mantran, *L'expansion musulmane (VII^e-VIII^e siècles)*, París, 1969, páginas 105-6, 108-10; Lewis, *The Arabs in history*, p. 57.
[78] Lokkegaard, *Islamic taxation in the classical period*, p. 77.
[79] *Ibid.*, p. 49.
[80] R. Levy, *The social structure of Islam*, p. 401; X. de Planhol, *Les fondements géographiques de l'histoire de l'Islam*, p. 54.

queaba inevitablemente la aparición de categorías precisas y unívocas de *propiedad* de la tierra, ya que la noción de «propiedad» siempre implica la pluralidad y la negatividad: la plenitud de un solo poseedor excluye las necesarias divisiones que dan a la propiedad sus límites y contornos.

La posición característica del derecho islámico ante la propiedad territorial era, por tanto, de «vacilación» y «caos» endémicos, como a menudo se ha señalado [81]. Esta confusión se complica todavía más por el carácter religioso de la jurisprudencia musulmana. La ley sagrada o *sharia*, que se desarrolló durante el siglo segundo después de la Hégira y alcanzó su aceptación formal durante el califato abásida, comprendía «un cuerpo universal de deberes religiosos, la totalidad de los mandamientos de Alá, que regulaban la vida de los musulmanes en todos sus aspectos» [82]. Precisamente por esta razón, su interpretación estaba dividida por disputas teológicas entre escuelas rivales. Por otra parte, y aunque sus pretensiones fuesen en principio universales, en la práctica el gobierno secular existía como un ámbito separado y aparte: el soberano gozaba de un poder discrecional prácticamente ilimitado para «completar» la ley sagrada en problemas que afectasen directamente al Estado y, sobre todo, a la guerra, la política, los impuestos y el crimen [83]. En el Islam clásico existía, pues, un abismo permanente entre la teoría jurídica y la práctica legal, que era la expresión inevitable de la contradicción existente entre un sistema político secular y una comunidad religiosa en una civilización que carecía de toda distinción entre la Iglesia y el Estado. Así, en la *Umma* siempre funcionaron «dos justicias». Además, la diversidad de escuelas religiosas de jurisprudencia hacía imposible toda codificación sistemática de la ley sagrada, y en consecuencia se impidió la aparición de un orden legal preciso y lúcido. Por lo que respecta al ámbito agrario, la *sharia* no desarrollaba prácticamente ningún concepto claro y específico de propiedad, mientras que la práctica administrativa dictaba frecuentemente normas que no tenían ninguna relación con ella [84]. De ahí que, más allá de la atribución final al

[81] Véanse las características digresiones de Lokkegaard, *Islamic taxation in the classical period*, pp. 44, 50.

[82] J. Schacht, *An introduction to Islamic law*, Oxford, 1964, pp. 1-2, 200-1.

[83] *Ibid.*, pp. 54-5, 84-5.

[84] Schacht, *An introduction to Islamic law:* «La teoría del derecho islámico ha desarrollado, pues, tan sólo unos pocos rudimentos de un derecho especial de la propiedad inmobiliaria; en la práctica, las condi-



soberano de la totalidad del suelo, siempre prevaleciera una extrema *indeterminación* jurídica sobre la tierra. Después de las primeras conquistas árabes en Oriente Medio, el campesinado local de las tierras sometidas quedó en posesión de las parcelas que ya tenía. Por ser *jaray*, estas tierras se consideraban como parte del *fay* colectivo de los conquistadores y, por tanto, eran propiedad formal del Estado. En la práctica, no hubo en la mayor parte de las regiones grandes limitaciones —ni tampoco garantías— para que los campesinos que las cultivaban dispusieran de ellas; pero en otras zonas, como Egipto, los derechos de propiedad del Estado se impusieron con todo rigor [85]. Asimismo, las tierras *qatia* distribuidas a los soldados del Islam en la época de los omeyas eran en teoría arrendamientos enfitéuticos de dominios públicos, pero en la práctica podían transformarse en lazos personales de cuasipropiedad. Por otra parte, estos *qatia* y otras formas de posesión individual estaban regidos por el principio de herencia divisible, que tradicionalmente hacía imposible la consolidación de grandes propiedades hereditarias dentro del marco de la ley sagrada. La más absoluta ambigüedad e improvisación perseguía siempre a la propiedad dentro del mundo musulmán.

El corolario de la ausencia legal de una propiedad privada estable de la tierra fue la expoliación económica de la agricultura en los grandes imperios islámicos. En su versión más extrema, este fenómeno tan característico tomó la forma de «beduinización» de grandes áreas de asentamientos campesinos que volvieron a ser tierras áridas o baldías bajo el impacto de las invasiones de pastores o del pillaje militar. Las primeras conquistas árabes en el Oriente Medio y el norte de Africa parecen haber conservado o reparado los modelos agrícolas preexistentes, aunque sin añadir nada nuevo. Pero las posteriores oleadas de invasiones nómadas que caracterizaron el desarrollo del Islam produjeron efectos destructores en su impacto sobre los asentamientos agrícolas. Los dos casos más extremos fueron la devastación de Túnez por los hilalíes y la beduinización de Anatolia por los turcomanos [86]. En este sentido, la cur-

ciones de posesión de la tierra eran muy diferentes a la teoría y variaban con el tiempo y el lugar» (p. 142).

[85] Claude Cahen, *L'Islam des origins au début de l'empire ottoman*, París, 1970, p. 109: sobre las condiciones generales de la agricultura en este período, véanse pp. 107-13. El libro de Cahen es la síntesis reciente más sólida sobre la época árabe del Islam.

[86] Cahen, *L'Islam*, p. 103, insiste en la diferencia entre las primeras conquistas del siglo VII y las posteriores devastaciones nómadas, y tiende

va histórica a largo plazo apuntó ininterrumpidamente hacia abajo. Pero desde el principio se estableció casi en todas partes una división permanente entre la producción agrícola y la apropiación del excedente urbano, mediada por la estructura tributaria del Estado. En el campo no surgió ninguna relación directa entre señor y campesino, sino que el Estado concedía a los funcionarios militares o civiles, residentes en las ciudades, determinados derechos de explotación rural, entre ellos principalmente la recaudación del *jaray* o impuesto sobre la tierra. A consecuencia de ello surgió la *iqta* árabe, precursora directa del más tardío *timar* otomano o del *jagir* mogol. Las *iqtas* abasidas eran en realidad concesiones de tierra a los guerreros, que tomaban la forma de concesiones de impuestos distribuidas a rentistas urbanos absentistas para exprimir a los pequeños cultivadores campesinos [87]. Los estados buida y selyúcida y el primer Estado osmanli exigieron servicios militares de los titulares de estas rentas o de sus sucesivas versiones, pero la tendencia natural del sistema fue la de degenerar en un arrendamiento de impuestos parasitario, como el *iltizam* de la última época otomana. Incluso bajo un rígido control central, el monopolio estatal de la tierra, filtrado a través de unos derechos comercializados de explotación absentista, reproducía constantemente un clima general de indeterminación legal e impedía la aparición de un vínculo positivo entre el beneficiario y el cultivador directo del suelo [88]. Por consiguiente, las grandes obras hidráulicas de los regímenes anteriores fueron, en el mejor de los casos, conservadas o reparadas y, en el peor, dañadas o abandonadas. Los primeros siglos de dominio omeya y abasida presenciaron una mejoría general de los canales heredados en Siria y Egipto y cierta extensión del sistema subterráneo *qanat* en Persia. Pero ya en el siglo X la red de canales de Mesopotamia estaba en decadencia a causa de la elevación

a atribuir lo peor de estas últimas a las invasiones de los mogoles, no islámicas, en el siglo XIII (p. 247). Planhol es mucho más radical; véase su vivo relato del proceso general de beduinización de la agricultura islámica en *Les fondements géographiques de l'histoire de l'Islam*, pp. 35-7.

[87] Sobre la cambiante forma y función de la *iqta*, véase C. Cahen, «L'evolution de l'iqta du XIe au XIIe siècle», *Annales ESC*, enero-marzo de 1953, 1, pp. 25-52.

[88] Véanse las memorables páginas de Planhol, *Les fondements géographiques*, pp. 54-7. Con su característico desdén, Ibn Jaldun asimilaba a los campesinos con los pastores en el oprobio común de ser habitantes primitivos del atrasado mundo rural; como señala Goitein, para él «los *fellah* y los beduinos estaban más allá de los límites de la civilización». *A Mediterranean society*, I, p. 75.



del nivel del suelo y al abandono de las vías de agua [89]. Nunca se construyó ningún nuevo sistema de regadío que pudiera compararse al de los pantanos yemenitas de la Antigüedad, cuya ruina fue el digno prólogo del nacimiento del Islam en Arabia [90]. La única innovación rural importante después de la conquista árabe del Oriente Medio —la llegada del molino de viento— fue un invento persa, nacido en la región de Sistan y que en último término parece haber beneficiado más a la agricultura europea que a la islámica. La indiferencia y el desdén hacia la agricultura imposibilitaba incluso la estabilización de la servidumbre: la clase explotadora nunca consideró tan preciosa la mano de obra como para que la adscripción del campesinado pasara a ser uno de sus principales objetivos. En estas condiciones, la productividad agraria de los países islámicos se estancó una y otra vez o incluso retrocedió, dejando un panorama rural de una «desoladora mediocridad» [91].

Dos excepciones notables confirman a su modo esta norma general de la agricultura. Por una parte, el bajo Irak durante el dominio abasida del siglo VIII fue escenario de grandes plantaciones de azúcar, algodón y añil, organizadas como empresas comerciales avanzadas en las tierras pantanosas desecadas por los comerciantes de Basora. La explotación racionalizada de

[89] D. y J. Sourdel, *La civilisation de l'Islam classique*, París, 1968, páginas 272-87, estudia el papel y el destino de las obras hidráulicas en las épocas omeya y abasida; véanse especialmente las pp. 279, 289. Los autores insisten en que el sistema iraquí de regadíos estaba en completa decadencia mucho antes de las invasiones de los mogoles, a las que posteriormente se atribuyó con frecuencia su colapso. Los *qanats* subterráneos de Persia eran anteriores a la conquista islámica en más de un milenio, ya que habían sido una de las principales características del Estado aqueménida: véase H. Goblot, «Dans l'ancien Iran, les techniques de l'eau et la grande histoire», *Annales ESC*, mayo-junio de 1963, páginas 510-1.

[90] La misteriosa caída de los grandes diques de Marib en el Yemen coincidió con el desplazamiento de la vitalidad económica y social del sur al norte de Arabia en el siglo VI d. C. Engels era consciente de la importancia histórica que la regresión del Yemen había tenido para el ascenso del Islam en el Hejaz, aunque la adelantaba indebidamente y la atribuía demasiado exclusivamente a la invasión etíope: K. Marx y F. Engels, *Selected Correspondence*, pp. 82-3.

[91] La frase es de Planhol: *Les fondements géographiques*, p. 57. Un balance más optimista puede encontrarse en C. Cahen, «Economy, society, institutions», *The Cambridge History of Islam*, II, Cambridge, 1970, páginas 511-2 *ss*. Planhol asimila de forma acrítica los modelos agrícolas islámicos a los de la Antigüedad clásica, y generaliza indebidamente, pero sus análisis geográficos concretos de las consecuencias últimas del desdén musulmán hacia la agricultura poseen con frecuencia una fuerza enorme.

esta economía de plantación —prefiguración de los posteriores complejos azucareros del colonialismo europeo en el Nuevo Mundo— estaba muy alejada del modelo habitual de fiscalismo indolente, pero se basaba precisamente en la masiva utilización de esclavos africanos importados de Zanzíbar. La esclavitud rural siempre fue extraña, sin embargo, al conjunto de la agricultura islámica. Las plantaciones iraquíes constituyeron un episodio aislado que pone de manifiesto la ausencia en los demás países de una capitalización comparable de la producción [92]. Es sabido, por otra parte, que la horticultura siempre ocupó una posición especial en los sistemas agrarios del Islam y que desde Andalucía hasta Persia alcanzó altos niveles técnicos e inspiró tratados especializados sobre plantas y arbustos [93]. La razón es muy reveladora: los jardines y huertos estaban normalmente concentrados en las ciudades o en los suburbios y, por tanto, estaban específicamente exentos de la propiedad estatal del suelo prescrita por la tradición, que siempre había permitido la propiedad privada de la tierra urbana. La horticultura constituía, pues, el equivalente a un sector «de lujo» en la industria, patrocinado por los ricos y poderosos y que participaba del prestigio de las propias ciudades, a la sombra de cuyos minaretes y palacios crecían sus cuidados jardines.

En efecto, a partir de las primeras conquistas árabes, el mundo islámico fue siempre un vasto y encadenado sistema de ciudades separadas por un campo olvidado o desdeñado. La civilización musulmana, nacida en La Meca —ciudad de tránsito— y heredera del legado metropolitano de la tardía Antigüedad mediterránea y mesopotámica, siempre fue indefectiblemente urbana y promovió desde el primer momento la producción mercantil, la empresa comercial y la circulación monetaria en unas ciudades a las que unió en una misma trama. Inicialmente, los nómadas árabes que conquistaron el Oriente Medio formaron sus propios campamentos militares en el desierto, en las afueras de las capitales preexistentes, campamentos que más adelante se convertirían por sí mismos en grandes ciudades: Kufa, Basora, Fostat, Kairuán. Después, con la es-

[92] Sobre las plantaciones Zany véase Lewis, *The Arabs in history*, páginas 103-4.

[93] Planhol, *Les fondements géographiques*, p. 57; André Miquel, *L'Islam et sa civilisation, VII^e-XX^e siècles*, París, 1968, pp. 130, 203; Irfan Habib, «Potentialities of capitalist development in the economy of Mughal India», *The Journal of Economic History*, XXIX, marzo de 1969, pp. 46-7, 49.



tabilización del dominio islámico desde el Atlántico hasta el golfo Pérsico, tuvo lugar en las regiones más privilegiadas del califato una expansión urbana de una rapidez y un volumen quizá inigualados. De acuerdo con un cálculo reciente (e indudablemente exagerado) la ciudad de Bagdad llegó a tener una población de dos millones en menos de medio siglo, desde el año 762 al 800 [94]. Esta urbanización, concentrada en lugares seleccionados, refleja en parte el «auge del oro» de las épocas omeya y abasida, cuando se pusieron en circulación los tesoros egipcio y persa, se canalizó la producción sudanesa hacia el mundo musulmán y se mejoraron notablemente las técnicas mineras con el uso de la amalgama de mercurio; en parte fue también el resultado de la creación de una zona comercial de dimensiones intercontinentales. La clase mercantil árabe que subió a la cresta de esta ola de prosperidad comercial era respetada y honrada por la ley religiosa y la opinión social; la vocación del mercader y del manufacturero estaba sancionada por el Corán, que nunca disoció la ganancia de la piedad [95]. Los instrumentos financieros y empresariales del comercio islámico se hicieron enseguida muy avanzados. En el Oriente Medio fue donde se introdujo por vez primera, probablemente, la institución de la *commenda*, que habría de jugar un papel tan importante en la Europa medieval [96]. Además, las fortunas hechas por los mercaderes árabes ya no procedían tan sólo de las rutas terrestres de caravanas. Hubo pocos aspectos más sorprendentes de la primera expansión islámica que la rapidez y la facilidad con que los árabes del desierto dominaron el mar. El mar Mediterráneo y el océano Indico quedaron unidos en un mismo sistema marítimo por vez primera desde la época helenística, y los barcos musulmanes se aventuraron du-

[94] M. Lombard, *L'Islam dans sa première grandeur (VII^e-XI^e siècles)*, París, 1972, p. 121. G. von Grunebaum, *Classical Islam*, Londres, 1970, página 100, estima, por el contrario, la población de Bagdad en unos 300.000 habitantes. Cahen considera que es imposible hacer un cálculo riguroso del tamaño de ciudades tales como Bagdad en esta época: «Economy, society, institutions», p. 521. Mantran advierte, en *L'expansion musulmane*, pp. 270-1, contra los cálculos de Lombard sobre la magnitud de la temprana urbanización islámica.

[95] El mejor análisis de este problema es el de Maxime Rodinson, *Islam and capitalism*, Londres, 1974, pp. 28-55. Rodinson critica también con acierto la pretensión weberiana de que la ideología islámica era enemiga por lo general de la actividad comercial racionalizada (pp. 103-17).

[96] Véase el estudio de A. L. Udovitch, «Commercial techniques in early mediaeval Islamic trade», en D. S. Richards, comp., *Islam and the trade of Asia*, Oxford, 1970, pp. 37-62.

rante el califato abasida por todas las rutas que van desde el Atlántico hasta el mar de la China. El mundo islámico, situado entre Europa y China, era dueño del comercio este-oeste. La riqueza provocada por la actividad comercial estimuló en la misma medida las manufacturas, sobre todo las de textiles, papel y porcelana. Mientras los precios aumentaban sin cesar y el campo sufría una depresión, la artesanía urbana y el consumo ostentoso florecían en las ciudades. Esta configuración no fue específica del califato abasida. Los posteriores imperios islámicos siempre se caracterizaron por el impresionante crecimiento de sus grandes ciudades: Constantinopla, Isfahan y Delhi son los ejemplos más famosos.

Pero la magnitud o la opulencia económica de estas ciudades islámicas no se vio acompañada por ninguna autonomía municipal u orden cívico. Las ciudades carecían de identidad política corporativa y sus comerciantes tenían poco poder social colectivo. Las cartas o fueros urbanos eran desconocidos, y la vida de la ciudad siempre estaba sujeta a la voluntad más o menos arbitraria de los príncipes o los emires. Los mercaderes podían elevarse individualmente a las más altas posiciones políticas en los consejos de las dinastías [97], pero su éxito personal estaba expuesto invariablemente a la intriga y al azar, y los jefes militares siempre podían confiscar la riqueza de sus casas. La simetría y el orden municipal de las ciudades clásicas del último período que habían caído ante los ejércitos árabes ejercieron cierta influencia inicial en las ciudades del nuevo sistema imperial que les sucedieron, pero ese influjo se desvaneció muy pronto y permaneció tan sólo bajo la forma de algunos pocos conjuntos privados o palatinos construidos para soberanos posteriores [98]. Las ciudades islámicas carecían, pues, de toda estructura interna coherente, ya fuese administrativa o arquitectónica. Eran laberintos confusos y amorfos de calles y edificios, sin centros ni espacios públicos, centradas únicamente en las mezquitas y en los bazares, con los comerciantes locales amontonados a su alrededor [99]. Y así como ninguna asociación profesional o mercantil organizaba al conjunto de los

[97] Véanse algunos ejemplos en S. D. Goitein, *Studies in Islamic history and institutions*, Leiden, 1966, pp. 236-9.

[98] D. y J. Sourdel, *La civilisation de l'Islam classique*, pp. 424-7.

[99] Planhol, *Les fondaments géographiques*, pp. 48-52, ofrece un vivo aguafuerte de estas ciudades, aunque quizá adelanta un poco su característico desorden; compárese con Sourdel, *La civilisation de l'Islam classique*, pp. 397-9, 430-1.



propietarios, tampoco había en las grandes ciudades árabes gremios artesanos que protegieran o regularan la actividad de los pequeños artífices [100]. En el mejor de los casos, algunos grupos vecinales o fraternidades religiosas porporcionaban un humilde corazón colectivo a la vida popular de aquel medio urbano que se extendía sin ningún orden hasta los suburbios o las aldeas rurales. Por debajo de este honesto artesanado flotaba siempre un submundo de pandillas criminales y mendicantes que procedían de los parados y el lumpenproletariado [101]. El único grupo institucional que confería cierto conato de unidad a las ciudades eran los ulemas, cuya ajustada combinación de funciones clericales y seculares y de voluble celo religioso servía hasta cierto punto como mediación y vínculo entre la población situada por debajo del príncipe y los guardias de éste [102]. Con todo, eran estos últimos quienes dominaban en definitiva el destino de las ciudades. Crecidas en el mayor desorden, sin ningún plan ni carta municipal, el futuro de las ciudades islámicas estaba determinado normalmente por el del Estado cuya fortuna había provocado su prosperidad.

Los estados islámicos, por su parte, tenían normalmente una ascendencia nómada: los sistemas políticos de los omeyas, hamdaníes, selyúcidas, almorávides, almohades, osmanlíes, safávidas y mogoles procedían todos ellos de confederaciones nómadas del desierto. Incluso el califato abasida, cuyos antecedentes eran quizá los más urbanos, recibió la mayor parte de su fuerza armada inicial de los recientes asentamientos tribales del Jorasán. Todos estos estados islámicos, como el propio imperio otomano, eran esencialmente guerreros y saqueadores, y toda su razón de ser y su estructura eran militares. La administración civil propiamente dicha, en cuanto esfera funcional autónoma, nunca llegó a ser dominante dentro de la clase

[100] Véase la más reciente reafirmación de la completa ausencia de gremios islámicos antes de finales del siglo XV en G. Baer, «Guilds in Middle Eastern history», en M. A. Cook, comp., *Studies in the economic history of the Middle East*, Londres, 1970, pp. 11-17.

[101] I. M. Lapidus describe estas características en *Muslim cities in the later Middle Ages*, Cambridge (Massachusetts), 1967, pp. 170-83 (sobre las bandas de criminales y mendigos) y «Muslim cities and Islamic societies», en Lapidus, comp., *Middle Eastern cities*, Berkeley y Los Angeles, 1969, páginas 60-74 (sobre la ausencia de comunidades urbanas delimitadas o de ciudades independientes). Lapidus protesta contra los contrastes tradicionales entre las ciudades del Islam y de Europa occidental durante la Edad Media, pero sus propios estudios refuerzan gráficamente esas diferencias, aunque las redefinan.

[102] Lapidus, *Muslim cities in the later Middle Ages*, pp. 107-13.

dirigente; la burocracia de escribas no se desarrolló mucho más allá de las exigencias de la recaudación de impuestos. La maquinaria de Estado era un consorcio de soldados profesionales, que estaban organizados en cuerpos fuertemente centralizados o bien de forma más difusa, pero en ambos casos se basaban tradicionalmente en las asignaciones de ingresos procedentes de las tierras públicas. La sabiduría política del característico Estado islámico se condensaba en el expresivo apotegma de sus manuales de gobierno: «El mundo es ante todo un jardín de verdor cuyo cerco es el Estado; el Estado es un gobierno cuya cabeza es el príncipe; el príncipe es un pastor que está asistido por el ejército; el ejército es un cuerpo de guardias que está mantenido por el dinero, y el dinero es el recurso indispensable que proporcionan los súbditos» [103]. La lógica lineal de estos silogismos tuvo curiosas consecuencias estructurales, porque la combinación de depredación militar y desdén por la producción agraria es lo que parece haber dado origen al característico fenómeno de una élite de guardias esclavos que alcanza repetidamente la cumbre del propio aparato de Estado. El *devshirme* otomano fue únicamente el ejemplo más desarrollado y sofisticado de este sistema específicamente islámico de reclutamiento militar, que también puede encontrarse en el resto del mundo musulmán [104]. Oficiales esclavos turcos procedentes del Asia central fundaron el Estado gaznauí en Jorasán y dominaron el califato abasida durante su decadencia en el Irak; regimientos de esclavos nubios rodearon al califato fatimita, y esclavos circasianos y turcos procedentes del mar Negro dirigieron el Estado mameluco en Egipto; los últimos ejércitos del califato omeya en España fueron dirigidos por esclavos eslavos e italianos, que crearon sus propios reinos de *taifas* en Andalucía cuando cayeron los omeyas; esclavos georgianos y armenios proporcionaron los regimientos *ghulam* de choque del Estado safávida de Persia en tiempos de Shah Abbas [105]. El carácter servil y la procedencia extranjera de estos

[103] Sourdel, *La civilisation de l'Islam classique*, p. 327.

[104] Véanse algunas observaciones incompletas en Levy, *The social structure of Islam*, pp. 74-5, 417, 445-50. No hay ningún análisis sistemático de este fenómeno. Cahen observa que los guardas-esclavos eran menos prominentes en el Occidente islámico (España y el norte de Africa), que era una zona políticamente menos desarrollada. *L'Islam*, p. 149.

[105] El último caso citado ofrece un ejemplo particularmente claro y documentado —quizá por ser también el último cronológicamente— de los objetivos políticos a los que generalmente servían estos cuerpos de guardia. Las unidades de caballería *ghulam* de Georgia fueron creadas específicamente por la dinastía para librarse de la turbulencia de las tribus turcomanas quizilbash, que habían llevado a la casa safávida al poder. Véase R. M. Savory, «Safavid Persia», *The Cambridge History of Islam*, I, Cambridge, 1970, pp. 407, 419-30.



cuerpos palatinos correspondía a la extraña lógica estructural de los sucesivos sistemas políticos islámicos, porque sus fundadores habituales, los guerreros de la tribus nómadas, no podían mantener su beduinismo mucho tiempo después de la conquista: los clanes y la trashumancia desaparecían con la sedentarización. Por otra parte, estos guerreros no podían convertirse fácilmente en una nobleza rural, viviendo en tierras hereditarias o en una burocracia de escribas, organizada como administración civil. El tradicional desprecio hacia la agricultura y las letras impedía ambas posibilidades, a la vez que su turbulenta independencia les hacía reacios a una rígida jerarquía militar. Así pues, las dinastías victoriosas, una vez establecidas en el poder, se veían obligadas a crear unidades especiales de guardias esclavos como núcleo central de sus ejércitos regulares. Y como la esclavitud agrícola apenas existía, la esclavitud pretoriana podía convertirse en un honor. Los diversos cuerpos de guardia islámicos representaban, en efecto, la organización más cercana a una élite puramente militar concebible en aquel tiempo, separada de toda función agraria o pastoril y alejada de cualquier organización de clan y, por tanto, teóricamente capaz de una lealtad incondicional al soberano, siendo su esclavitud una garantía de obediencia militar, aunque en la práctica, naturalmente, fueran capaces por la misma razón de tomar para sí mismos el poder supremo. Su preeminencia fue una señal de la constante ausencia de una nobleza territorial en el mundo islámico.

Las características sociales esbozadas más arriba siempre se distribuyeron de forma desigual entre las diversas épocas y regiones de la historia musulmana, pero en la mayor parte de los estados islámicos parece posible discernir *prima facie* cierto parecido familiar, al menos si se les compara con las otras grandes civilizaciones imperiales del Oriente. Esto no quiere decir, sin embargo, que la historia islámica fuese una mera repetición cíclica, antes al contrario, parece evidente que en ella se da un desarrollo claramente periodizable. El Estado omeya, que se establece en el siglo VII en los territorios sometidos del Oriente Medio, representaba a las confederaciones de tribus árabes que habían realizado las conquistas iniciales y en las que había adquirido una posición ventajosa la oligarquía

mercantil de La Meca. El califato de Damasco coordinaba a los jeques beduinos más o menos autónomos y poseedores de tropas propias de las ciudades-campamento situadas fuera de las grandes capitales de Siria, Egipto y el Irak. Las tropas árabes del desierto monopolizaron las pensiones del tesoro central, las exenciones fiscales y los privilegios militares. La burocracia civil se dejó durante largo tiempo en manos de los antiguos funcionarios bizantinos o persas, que dirigían para sus nuevos señores la administración técnica [106]. Los no árabes convertidos al Islam (y los árabes más pobres y marginales) estaban confinados al estatus inferior de *mawalis*, pagaban fuertes impuestos y servían en los campamentos tribales como pequeños artesanos, criados y soldados de a pie. El califato omeya estableció, pues, una «soberanía política árabe» [107] sobre el Oriente Medio antes que una ecumene religiosa islámica. Sin embargo, con la estabilización de las conquistas, la clase dirigente de guerreros árabes se hizo cada vez más anacrónica. Su exclusividad étnica y la explotación económica de la masa de musulmanes existentes entre la antigua población sometida del imperio provocaron el creciente descontento de sus correligionarios *mawalis*, que muy pronto llegaron a superarlos en número [108]. Las fricciones tribales entre los grupos del norte y del sur debilitaron simultáneamente su unidad. Mientras tanto, los colonos fronterizos del extremo más lejano de Persia se sentían ofendidos por los tradicionales métodos administrativos a los que se veían sometidos. Parece que fue esta comunidad de colonos la que hizo estallar la rebelión final contra el Estado sirio centrado en Damasco, rebelión cuyo éxito popular estaba asegurado por el extendido descontento de los *mawalis* de Persia y el Irak. La agitación organizada y secreta contra el dominio de los omeyas, utilizando el fervor religioso heterodoxo de los chiitas y, sobre todo, movilizando la hostilidad de los *mawalis* contra el estrecho arabismo de la dinastía de Damasco, desencadenó la revolución política que llevó al poder a la casa de los abasidas y que, desde su base de Jorasán, se extendió hacia el oeste por Persia y el Irak [109].

[106] Lewis, *The arabs in History*, pp. 65-6.

[107] La frase es de F. Gabrielli, *Muhammed and the conquests of Islam*, Londres, 1968, p. 111.

[108] Lewis, *The arabs in History*, pp. 70-1.

[109] El significado y la composición social exacta de la insurrección abasida han sido objeto de grandes debates. Los estudios tradicionales la han interpretado como una rebelión esencialmente popular y étnica de poblaciones *mawali* no árabes, aunque siempre se ha admitido la presencia, en medio de ellas, de facciones tribales árabes (de filiación yemení). La importancia que se ha concedido a la heterodoxia religiosa en el movimiento ha sido puesta en duda por Cahen, «Points de vue sur la révolution abbaside», *Revue Historique*, CCXXX, 1963, pp. 336-7. El estudio más reciente y completo de los orígenes de la rebelión es M. A. Shaban, *The Abbasid revolution*, Cambridge, 1970, que da una importancia fundamental a los agravios sufridos por los colonos árabes de Jorasán —sometidos al dominio tradicional de los *diqhan* persas— por la conservadora política administrativa del Estado omeya: pp. 158-60. Está claro, en todo caso, que el ejército insurgente que provocó la caída del califato de Damasco con la toma de Merv se componía en realidad de elementos árabes e iraníes.



El califato abasida señaló el fin de la aristocracia tribal árabe: el nuevo aparato de Estado creado en Bagdad estaba sostenido por administradores persas y protegido por guardas jorasaníes. La formación de una burocracia y un ejército permanentes, con una disciplina cosmopolita, convirtió al nuevo califato en una autocracia política con un poder mucho más centralizado que el de su predecesor [110]. Despojándose de sus antecedentes heréticos, el califato predicó la ortodoxia religiosa y proclamó la autoridad divina. El Estado abasida presidió el florecimiento máximo del comercio, la industria y la ciencia islámica, y en el momento de su apogeo, a principios del siglo IX, era la civilización más rica y más avanzada del mundo [111]. Mercaderes, banqueros, manufactureros, especuladores y recaudadores de impuestos acumularon enormes sumas en las grandes ciudades; las artesanías urbanas se diversificaron y multiplicaron; en la agricultura apareció un sector comercial; los navíos de largo recorrido circundaban los océanos; la astronomía, la física y las matemáticas se trasplantaron de la cultura griega a la árabe. Con todo, los límites del desarrollo abasida se alcanzaron relativamente pronto. A pesar de la vertiginosa prosperidad comercial de los siglos VIII y IX, se registraron pocas innovaciones productivas en las manufacturas, y la introducción de los estudios científicos no provocó grandes progresos tecnológicos. La invención autóctona más importante fue la vela latina, una mejora en el transporte que simplemente facilitó el comercio; pero el algodón, el nuevo cultivo comercial más significativo de la época, procedía del Turquestán

[110] Lewis, *The Arabs in history*, pp. 83-5.

[111] Goitein ha denominado al período que comienza con la consolidación del poderío abasida como civilización «intermedia» del Islam, un mundo situado temporalmente entre las épocas helénica y renacentista, espacialmente entre Europa/Africa y la India/China, y cuyo carácter se situaba entre la cultura religiosa y la secular: *Studies in Islamic history and institutions*, p. 46 *ss.*

premusulmán, y la fórmula para la fabricación del papel, la nueva industria más importante de la época, se consiguió a través de los prisioneros chinos de guerra [112]. El mismo volumen y el ardor de la actividad mercantil, al alejar todo el ímpetu de la actividad productiva, parecen haber provocado una serie de explosivas tensiones sociales y políticas en el califato. La corrupción y la transformación mercenaria de la administración trajeron de la mano un incremento de la explotación fiscal del campesinado; la inflación generalizada afectó duramente a los pequeños artesanos y tenderos; las plantaciones agrícolas concentraron a los trabajadores esclavos en bandas masivas y desesperadas. A medida que se deterioraba la seguridad interna del régimen, la guardia profesional turca usurpaba un creciente poder en el aparato central, en su carácter de baluarte militar contra la oleada creciente de rebeliones sociales populares. A finales del siglo IX y durante todo el siglo X, una serie de insurrecciones y conspiraciones sacudió toda la estructura del imperio. Los esclavos zany se rebelaron en el bajo Irak y, antes de ser suprimidos, lucharon con éxito durante quince años contra los ejércitos regulares; el movimiento qármata (una secta chiita separatista) creó en Bahrein una república esclavista igualitaria; al mismo tiempo, los ismailitas, otro movimiento chiita, conspiraban y organizaban en todo el Oriente Medio la caída del orden establecido, hasta que finalmente tomaron el poder en Túnez y establecieron en Egipto un imperio rival, el califato fatimita [113]. Por entonces, el Irak abasida había caído ya en una irremediable decadencia económica y política y el centro de gravedad del mundo islámico pasó al nuevo Estado fatimita de Egipto, vencedor de las rebeliones sociales de la época y fundador de la ciudad de El Cairo.

[112] Tras la batalla de Talas en Asia central, en la que los ejércitos árabes derrotaron en el año 751 a una fuerza de contingentes oigures y chinos. Como estudios de carácter general sobre la actividad comercial y manufacturera del Islam en la época abasida véanse: P. K. Hitti, *History of the Arabs*, Londres, 1956, pp. 345-9; Sourdel, *La civilisation de l'Islam classique*, pp. 289-311, 317-24; Lombard, *L'Islam dans sa première grandeur*, pp. 161-203 (especialmente informativo sobre el comercio de esclavos, que eran uno de los grandes componentes del comercio abasida, traídos de tierras eslavas, turcas y africanas). Sobre la expansión del algodón véase Miquel, *L'Islam et sa civilisation*, p. 130.

[113] Sobre estas rebeliones, véase el agudo análisis de Lewis, *The Arabs in history*, pp. 103-12. De su relato se deduce que el régimen qármata del Golfo fue el equivalente islámico más próximo que nunca hubo a la ciudad-Estado de la Antigüedad clásica: una comunidad espartana de ciudadanía igualitaria basada en la esclavitud rural. Este régimen fue liquidado finalmente en Bahrein a finales del siglo XI.



A diferencia de su predecesor, el califato fatimita no renunció a su heterodoxia tras la conquista del poder, sino que la propagó de forma agresiva. En el Egipto fatimita nunca volvieron a crearse plantaciones de esclavos y, por otra parte, se controló más estrechamente la movilidad del campesinado. Se revitalizó el comercio internacional en gran escala, tanto con la India como con Europa. La prosperidad comercial egipcia de los siglos XI y XII demostró una vez más el empuje internacional de la clase mercantil árabe y la tradicional pericia de sus artesanos. Pero el cambio de primacía económica y política en el mundo islámico desde el Tigris al Nilo significaba también el empuje de una nueva fuerza que habría de afectar decisivamente el curso futuro del desarrollo islámico. La preeminencia del Egipto fatimita era consecuencia geográfica de su relativa cercanía al Mediterráneo central y a la Europa medieval. «El impacto del comercio europeo en el mercado local fue enorme» [114]. La dinastía ya había establecido estrechos contactos con los comerciantes italianos desde el principio de su ascenso en el Túnez del siglo X, cuya prosperidad comercial había proporcionado la base para la posterior conquista de Egipto. La influencia del feudalismo occidental fue desde ese momento una constante presencia histórica en el flanco del mundo islámico. En un primer momento, el tráfico marítimo con las ciudades italianas aceleró el crecimiento económico de El Cairo, pero en último término la intrusión de los caballeros francos en el Levante mediterráneo habría de invertir todo el equilibrio estratégico de la civilización árabe en el Oriente Medio. A los beneficios del comercio siguieron muy pronto los golpes de las cruzadas. Era inminente una gran ruptura en la historia islámica.

Ya a mediados del siglo XI los nómadas turcomanos habían invadido Persia e Irak y tomado Bagdad, mientras los beduinos árabes procedentes del Hejaz devastaban el norte de Africa y saqueaban Kairuán. Estas invasiones selyúcidas e hilalíes revelaron la debilidad y vulnerabilidad de grandes regiones del mundo musulmán. Ninguna de ellas creó un orden nuevo y estable ni en el Magreb ni en Oriente Medio. Los ejércitos selyúcidas tomaron Jerusalén y Damasco, pero fueron incapaces de consolidar su dominio en Siria o en Palestina. La repentina ofensiva cristiana durante el siglo XII en el Levante precipitó

[114] Goitein, *A Mediterranean society*, vol. I, *Economic foundations*, Berkeley y Los Angeles, 1967, pp. 44-5.

así una crisis estratégica general en Oriente Medio. Las fronteras del Islam retrocedieron por vez primera a medida que los fragmentados principados de las zonas costeras siriopalestinas sufrían duras derrotas. El mismo Egipto, núcleo de la riqueza y el poderío árabes en toda la zona, estaba expuesto a un ataque directo. La dinastía fatimita había alcanzado en esta época los últimos niveles de corrupción y decadencia. En el año 1153, los ejércitos cruzados estaban a las puertas del Sinaí. Pero entre el torbellino y la desorientación de aquella época comenzó a surgir un nuevo tipo de orden político musulmán y, con él, una nueva fase en el desarrollo de la sociedad islámica. La reacción islámica, enfrentada al expansionismo de Occidente, tomó desde ese momento la forma de una militarización extrema de las estructuras de Estado dominantes en el Oriente Medio y de una correlativa descomercialización de la economía de la región bajo la égida de nuevos dirigentes de diferente etnia. En 1154, Nur al-Din Zangi, nieto de un soldado y esclavo turco y señor de Alepo y Mosul, tomó Damasco. A partir de entonces, la pugna cristiano-musulmana por el control de El Cairo sería decisiva para el destino de todo el Levante. La carrera por el delta del Nilo fue ganada por Saladino, un oficial kurdo enviado al sur por Nur al-Din, que conquistó Egipto, destrozó el Califato fatimita y fundó en su lugar el régimen ayubí según el modelo turco. Saladino, que también controló rápidamente Siria y Mesopotamia, derrotó a los cruzados y reconquistó Jerusalén y la mayor parte de la costa palestina. Los contraataques marítimos europeos restablecieron los enclaves de los cruzados y a principios del siglo XIII estas expediciones marítimas invadieron por dos veces el propio Egipto y tomaron Damietta en los años 1219 y 1249. Pero estos golpes no sirvieron para nada. La presencia cristiana en tierras de Levante fue liquidada por Baybars, un comandante que creó el sultanato mameluco, ya plenamente turco [115], y cuyo poder se extendía desde Egipto hasta Siria. Hacia el norte, los selyúcidas habían conquistado mientras tanto la mayor parte de Anatolia y la aparición de los otomanos habría de completar su obra en Asia Menor. En el Irak y en Persia, las invasiones de mogoles y timúridas instalaron estados tártaros y turcomanos. Ayudada por la crisis general del feudalismo europeo en la última Edad Media, una nueva oleada de expansión islámica se puso en movimiento y no habría de detenerse durante otros

[115] Goitein, *A Mediterranean society*, I, pp. 35-8.



cuatro siglos. Su manifestación más espectacular fue, desde luego, la conquista de Constantinopla y el avance otomano en Europa. Pero más importantes para el desarrollo del conjunto de las formaciones sociales islámicas fueron las características estructurales genéricas de los nuevos estados turcos de la primera época moderna. El gran sultanato selyúcida del Irak y, sobre todo, el sultanato mameluco de Egipto fueron los prototipos medievales de estos regímenes; los tres grandes imperios de la Turquía otomana, la Persia safávida y la India de los mogoles ejemplificaron su forma consumada.

En cada uno de estos casos, la turquización del orden político islámico pareció acentuar decisivamente el molde militar de los primitivos sistemas árabes a costa de su componente mercantil. Los nómadas turcomanos del Asia central que invadieron en sucesivas oleadas el mundo musulmán a partir del siglo XI tenían unos antecedentes sociales y económicos aparentemente muy similares a los de los beduinos árabes procedentes del Asia sudoccidental que fueron los primeros invasores del Oriente Medio. La congruencia histórica de las dos grandes zonas de pastoreo situadas por encima y por debajo del Creciente Fértil fue precisamente lo que aseguró la continuidad fundamental de la civilización islámica tras las conquistas turcas: por su propio pasado, los recién llegados se encontraban en armonía con la mayor parte de su clima cultural. Entre el nomadismo pastoril de Asia central y Arabia existían, sin embargo, determinadas diferencias cruciales que habrían de imprimir su sello en el modelo posterior de la sociedad musulmana. Mientras la patria islámica de Arabia había combinado desierto y ciudad, mercaderes y nómadas y era uno de los principales herederos residuales de las instituciones urbanas de la Antigüedad, las estepas de Asia central, de las que procedían los pastores que conquistaron Turquía, Persia y la India, habían tenido en comparación pocas ciudades y escaso comercio. La fértil región de Transoxiana, entre el Caspio y el Pamir, siempre había estado densamente poblada y relativamente urbanizada: Bujara y Samarcanda, situadas en las grandes rutas comerciales con China, eran algo más que simples equivalentes de La Meca o Medina. Pero este rico cinturón territorial, que los árabes llamarían Mawarannahr, tenía un carácter históricamente iraní. Más allá sólo quedaba el inmenso y vacío vórtice de estepas, desiertos, montañas y bosques que se extendía hasta Mogolia y Siberia, en el que prácticamente no existía ningún asentamiento urbano y del que salieron las

sucesivas tribus de nómadas altaicos —selyúcidas, danismandíes, ghuzzi, mogoles, oirates, uzbekos, kazakos y kirguises— cuyas continuas erupciones imposibilitaron toda sedentarización duradera del mundo turco en Asia central. La península arábiga era relativamente pequeña, estaba cercada por el mar y, rodeada desde el principio por el comercio marítimo, tenía también un potencial demográfico estrictamente limitado. En realidad, después de las primeras conquistas de los siglos VII y VIII, Arabia propiamente dicha se hundió en la más completa insignificancia política para todo el resto de la historia islámica hasta el siglo actual. Asia central representaba, por el contrario, una enorme masa de tierra, aislada del mar y con una reserva constantemente renovada de pueblos emigrantes y guerreros [116]. Desde finales de la Edad Media, las condiciones del equilibrio entre las tradiciones nómada y urbana de la civilización clásica del Islam se transformaron inevitablemente con el nuevo predominio turco dentro de ella. La organización militar se consolidó a medida que retrocedía el empuje comercial. Este cambio nunca fue absoluto ni uniforme, pero su dirección general es inconfundible. Por otra parte, la lenta alteración en el metabolismo del mundo islámico tras las cruzadas no se debió tan sólo a las fuerzas internas; su marco exterior no fue menos determinante ni para la guerra ni para el comercio.

Los nómadas turcomanos de Asia central habían impuesto inicialmente su supremacía en Oriente Medio gracias al dominio que sus jinetes tenían del tiro con arco, un arte extraño para los beduinos árabes, expertos en el manejo de la lanza. Pero la fuerza militar de los nuevos estados imperiales de la

[116] Véanse dos comparaciones antropológicas en R. Patai, «Nomadism: Middle Eastern and Central Asian», *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 7, 4, 1951, pp. 401-14; y E. Bacon, «Types of pastoral nomadism in Central and South-West Asia», *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 10, 1, 1954, pp. 44-65. Patai propone una serie organizada de contrastes entre el nomadismo turco y el árabe (caballo/camello, cabaña/tienda, arco/espada, exogamia/endogamia, etc.). Bacon lo crítica con razón por falta de una adecuada perspectiva histórica, y señala que Patai ha proyectado injustificadamente hacia atrás el cultivo agrario que practicaban los kazakos en los siglos XVIII y XIX, y da por supuesta erróneamente una mayor estratificación de clases sociales en el pastoralismo del Asia central que en el del sudoeste. Pero ambos artículos confirman a su modo las divergencias fundamentales subrayadas más arriba: el nomadismo turco carecía de una simbiosis estable con la agricultura sedentaria (Bacon, pp. 46, 52), y era además la «cultura» predominante en Asia central, mientras que el nomadismo árabe era una «cultura» más subordinada en Asia sudoccidental (Patai, pp. 413-4).



primera época moderna se basaba en los ejércitos regulares, equipados con armas de fuego y apoyados por artillería; la pólvora era esencial para su poderío. A finales del siglo XIV, el Estado mameluco de Egipto adoptó por vez primera los cañones pesados para sitiar las ciudades. Pero las conservadoras tradiciones de caballería del ejército mameluco bloquearon el uso de la artillería de campaña o de los mosquetes. La conquista otomana de Egipto se debió precisamente a la superioridad de los arcabuceros turcos sobre la caballería mameluca. A mediados del siglo XVI, la utilización de mosquetes y cañones por los otomanos se había perfeccionado gracias al ejemplo europeo. Los ejércitos safávidas aprendieron muy pronto la importancia de las armas de fuego, después de su inicial derrota en Caldiran ante los cañones otomanos, y se aprovisionaron con artillería moderna. Las tropas de los mogoles en la India estuvieron armadas desde el comienzo de la conquista de Babur con artillería y con mosquetes [117]. La generalización de la pólvora en Oriente Medio fue ciertamente una de las razones más visibles de la estabilidad y la resistencia notablemente superiores de los nuevos estados turcos sobre los regímenes árabes de la primera época islámica. El aparato militar otomano podía mantener a raya los ataques europeos incluso mucho tiempo después de haber perdido la iniciativa estratégica en las regiones de los Balcanes y del Ponto. Los ejércitos safávidas y mogoles detuvieron finalmente las nuevas invasiones turcomanas de Persia y la India con la derrota de los nómadas uzbekos, que ocuparon el Mawarannahr en el siglo XVI. A partir de entonces, un dique estratégico protegió a los tres grandes estados imperiales del Islam frente a la turbulencia tribal de Asia central [118]. La superioridad de estos primeros imperios modernos no residía únicamente en la tecnología militar, sino que era también administrativa y política. El Estado mogol de la época de Gengis Kan y de sus sucesores

[117] Véase un análisis del papel de los mosquetes y los cañones en los ejércitos otomanos, safávidas y mogoles en el artículo «Barud» (pólvora), en la *Encyclopaedia of Islam* (nueva edición), Leiden, 1967, vol. I, páginas 1061-9. La incapacidad de los mamelucos para dominar la artillería de campaña y las pistolas es analizada por D. Ayalon, *Gunpowder and fire-arms in the Mamluk kingdom*, Londres, 1965, pp. 46-7, 61-83.

[118] La conquista de Transoxiana por los uzbekos la hizo étnicamente turca por vez primera, y precipitó además su estancamiento y decadencia económica. Las campañas de los mogoles en el siglo XVII para reconquistar el Mawarannahr no tuvieron éxito. La enorme extensión de sus líneas de comunicación condujo casi al desastre a Aurangzeb en los años 1645-47, desastre que sólo pudo evitar por su superior potencia de fuego.

ya había sido organizativamente superior a los del mundo árabe, y sus conquistas de la mayor parte de Oriente Medio quizá dejaran tras de sí algunas duraderas lecciones de gobierno. En todo caso, los ejércitos otomano, safávida y mogol personificaron en su momento de auge una disciplina y una preparación desconocidas por sus predecesores. Su infraestructura administrativa era también más sólida y estable. La tradicional *iqta* árabe había sido un instrumento fiscal parasitario que, en lugar de reforzarla, disolvía la vocación marcial del beneficiario urbano que gozaba de sus ingresos. La nueva concesión del *timar* otomano o del *jagir* mogol estaba ligada, por su parte, a obligaciones mucho más estrictas de servicio militar, y consolidaba la pirámide del mando militar, que ahora estaba organizado en una jerarquía mucho más formal. Además, en estos sistemas políticos turcos el monopolio estatal de la tierra se llevó a la práctica con un renovado entusiasmo, porque en la regulación y en la disposición de la propiedad agraria predominaban ahora unas tradiciones nómadas mucho más puras que antes. Nizam ul-Mulk, el famoso gran visir del primer soberano selyúcida de Bagdad, declaró al sultán único dueño de toda la tierra. La extensión y el rigor de los derechos otomanos sobre el suelo fueron evidentes; los shahs safávidas dieron nueva fuerza a sus pretensiones jurídicas sobre el monopolio de la propiedad territorial; los emperadores mogoles impusieron un sistema fiscal implacablemente explotador, basado en las pretensiones regias sobre todos los cultivos rurales [119]. Solimán, Abbas o Akbar poseían en sus reinos un poder imperial muy superior al de cualquier califa.

Por otra parte, la vitalidad comercial de la época árabe, que había continuado durante toda la civilización «intermedia» del Islam clásico, se apagó progresivamente. Este cambio estaba relacionado, evidentemente, con el auge del comercio europeo. La expulsión militar de los cruzados no vino acompañada por la recuperación del dominio comercial del Mediterráneo oriental. Antes al contrario, ya desde el siglo XII los navíos cristianos habían conquistado una posición dominante en las aguas egipcias [120]. La contraofensiva terrestre kurdo-turca, simbolizada por Saladino y Baybars, se pudo realizar a costa de

[119] Véase A. Lambton, *Landlord and tenant in Persia*, Oxford, 1953, páginas 61, 66, 105-6 (selyúcidas y safávidas); Gibb y Bowen, *Islamic society and the West*, I, 1, pp. 236-7 (otomanos); W. H. Moreland, *India and the death of Akbar*, Londres, 1920, p. 256 (mogoles).

[120] Goitein, *A Mediterranean society*, I, p. 149.



una renuncia deliberada al poderío naval: para bloquear los nuevos desembarcos europeos, los soberanos ayubíes y mamelucos se vieron obligados a desmantelar los puertos y a devastar el litoral de Palestina [121]. El Estado otomano, por el contrario, construyó en el siglo XVI una formidable fuerza naval —con una utilización liberal de marinos griegos— que reconquistó el control del Mediterráneo oriental y que merodeaba por el occidental desde las guaridas de los corsarios en Africa del Norte. Pero el poderío marítimo osmanli fue artificial y duró relativamente poco; su función siempre estuvo limitada a la guerra y a la piratería, nunca desarrolló una verdadera marina mercantil y se basó demasiado exclusivamente en los conocimientos y el trabajo de grupos sometidos para poder ser duradero. Además, precisamente en el momento en que el Egipto mameluco quedó absorbido por el imperio otomano, dando a éste por vez primera una salida directa al mar Rojo, los viajes portugueses de la época de los descubrimientos cercaron a todo el mundo islámico al establecer, a principios del siglo XVI, una hegemonía estratégica en todo el contorno del océano Indico, con bases en Africa oriental, el golfo Pérsico, el subcontinente indio y las islas de Malaya e Indonesia. A partir de entonces, las rutas de navegación internacionales estuvieron dominadas de forma permanente por las potencias occidentales, privando así a los imperios islámicos del comercio marítimo que había proporcionado la mayor parte de las fortunas de sus antepasados. Esta evolución era todavía más grave porque las economías árabes de la Edad Media siempre habían prosperado más en la esfera del intercambio que en la de la producción, en el comercio más que en las manufacturas; la divergencia que existía entre ambos fue una de las razones básicas de su crisis a finales de la Edad Media y del éxito, a costa suya, del avance económico europeo [122]. Al mismo tiempo, la tradicional estima árabe hacia el mercader ya no era

[121] Véase «Bahriyya», *Encyclopaedia of Islam* (nueva edición), vol. I, páginas 945-7.

[122] Claude Cahen ha sugerido en una importante nota que el superávit en la balanza de pagos alcanzado por el Islam medieval en sus cuentas con el exterior, debido en parte a sus mayores existencias de metales preciosos, era por sí mismo un contraincentivo para el aumento de la producción de manufacturas, ya que rara vez se produjo un déficit comercial semejante a los que estimularon a las economías de Europa occidental en el mismo período a producir más bienes de exportación: «Quelques mots sur le déclin commercial du monde musulman à la fin du Moyen Age», en Cook, comp., *Studies in the economic history of the Middle East*, pp. 31-6.

compartida por sus sucesores turcos: el desprecio por el comercio era una característica general de la clase dominante del nuevo Estado, cuya política comercial era en el mejor de los casos de simple tolerancia y, en el peor, de discriminación contra las clases mercantiles de las ciudades [123]. El ambiente de los negocios en Constantinopla, Isfahan y Delhi a comienzos de la época moderna nunca pudo recordar al de las ciudades medievales de Bagdad o El Cairo. Las minorías extranjeras —griegos, judíos, armenios o hindúes— acaparaban significativamente las funciones comerciales y financieras. Por el contrario, los gremios artesanos hicieron ahora por vez primera su aparición en el reino otomano como instrumentos deliberados de control gubernamental sobre la población urbana [124], y normalmente se hicieron depositarios del oscurantismo teológico y técnico. Los sistemas jurídicos de los últimos imperios también se volvieron a clericalizar, y las doctrinas religiosas conquistaron con el paso del tiempo una renovada fuerza administrativa sobre costumbres que, por azar, habían sido previamente seculares [125]. Particularmente intensa fue la intolerancia oficial safávida.

La rigidez militar, el fanatismo ideológico y el letargo comercial pasaron a ser, por tanto, las normas habituales de gobierno en Turquía, Persia y la India. La última generación de grandes estados islámicos, antes de que la expansión colonial europea dominara al mundo musulmán, experimentaron ya la doble presión de Occidente. Superados económicamente a partir de los descubrimientos, todavía brillaron durante otro siglo en la guerra y la conversión religiosa desde los Balcanes a Bengala. Territorialmente, las fronteras del Islam continuaron ampliándose hacia el Oriente. Pero las nuevas conversiones en el sur y el este de Asia ocultaban un estancamiento o una recesión demográfica en el conjunto de las tierras de la civilización musulmana clásica. Los cálculos más optimistas indican que después de 1600 se produjo un descenso lento pero real en una población total de unos 46 millones de habitantes en la gran zona que se extiende desde Marruecos hasta Afganistán

[123] Por ejemplo, los emires mamelucos de Siria se desprendían intencionadamente de sus excedentes de grano en las ciudades a costa de los comerciantes urbanos, u obligaban a éstos a comprar sus existencias a precios más altos, y frecuentemente confiscaban su capital: Lapidus, *Muslim cities in the later Middle Ages*, pp. 51-7.

[124] Baer, «Guilds in Middle eastern history», pp. 27-9.

[125] Schacht, *An introduction to Islamic law*, pp. 4, 89-90, 94; «Law and justice», *The Cambridge History of Islam*, II, p. 567.



y del Sahara al Turkestán, descenso que perduró durante otros dos siglos [126]. El proselitismo en la India o Indonesia, que suponía una extensión del mundo musulmán, no podía compensar esta ausencia de vitalidad demográfica. Las diferencias con la Europa o la China de la época son innegables. Los imperios islámicos del siglo XVII estuvieron, incluso en sus momentos de fervor o éxito militar, en oculta desventaja respecto a las pautas de población del Viejo Mundo en su conjunto.

El imperio mogol —del que Marx se ocupó específicamente— presenta la mayor parte de las características del Estado musulmán tardío, aunque al estar más alejado de Europa y gobernar a una población menos islamizada ofrece también, en cierto sentido, un panorama más variado y vital que el de sus homólogos turco o persa. Su similitud administrativa con el imperio otomano ya había sorprendido a Bernier en el siglo XVII. La tierra destinada a la agricultura estaba sometida al exclusivo poder económico y político del emperador. El campesinado indígena tenía garantizada la ocupación permanente y hereditaria de sus parcelas (como en el sistema turco), pero carecía del derecho a disponer de ellas o venderlas. Los labradores que no cultivaban sus tierras podían ser expulsados por el Estado [127]. No había tierras comunales en las aldeas, que además estaban divididas en castas sociales y por una gran desigualdad económica [128]. El Estado se apropiaba siempre de la mitad de la producción total del campesinado en concepto de «rentas de la tierra» [129]. Estas rentas se pagaban a menudo como impuestos en dinero o mediante entregas en especie que posteriormente eran vendidas por el Estado, lo que condujo a la extensión de los cultivos comerciales (trigo, algodón, azúcar, añil o tabaco). La tierra era relativamente abundante y la

[126] Miquel, *L'Islam et sa civilisation*, pp. 280-3, cree que alrededor de 1800 pudo haber un descenso hasta llegar a unos 43 millones. Estos números están sujetos a fuertes reservas, como advierte Miquel, por falta de pruebas fidedignas. Pero el balance general no es probable que esté muy equivocado.

[127] Habib, *The agrarian system of Mughal India*, pp. 113-18. La ausencia de una verdadera concepción de la propiedad de la tierra fue subrayada por W. Moreland, *The agrarian system of Moslem India*, Cambridge, 1929, páginas 3-4, 63, que creía que databa de la anterior época hindú de la historia india.

[128] Habib, *The agrarian system of Mughal India*, pp. 119-24.

[129] Habib, *The agrarian system of Mughal India*, pp. 195-6, piensa que el nivel de extracción de excedente por el Estado central era relativamente estable, al contrario de Moreland, que estima que la norma fluctuaba entre un tercio y dos tercios según fuese la política de los respectivos soberanos.

productividad agraria no era inferior a la de la India del siglo XX; el regadío por medio de canales era insignificante, y el agua de lluvia y los pozos o estanques locales proporcionaban toda humedad del suelo [130]. La enorme presión fiscal del Estado mogol sobre la población rural produjo, sin embargo, una espiral de usura y endeudamiento en las aldeas, provocando la creciente huida de los campesinos.

En la cima del aparato de Estado se situaba el estrato elitista de los *mansabdars,* compuesto por unos 8.000 oficiales militares, escalonados en un complejo sistema de grados y a quienes el emperador concedía el grueso de las rentas de la tierra en forma de *jagirs* o asignaciones temporales. En el año 1647, 445 de estos oficiales recibían más del 60 por 100 de los ingresos totales del Estado; el 37,6 por 100 se repartía entre sólo 73 oficiales [131]. Como era de esperar, el cuerpo de *mansabdars* tenía un origen étnico predominantemente extranjero: la mayor parte eran persas, turaníes o afganos. Alrededor del 70 por 100 de los *mansabdars* de Akbar eran extranjeros o hijos de extranjeros; el resto eran «indios» musulmanes locales o rajputs hindúes. En 1700, la proporción de los musulmanes nacidos en la India se había elevado posiblemente hasta el 30 por 100 del total [132]. El grado de continuidad hereditaria era muy limitado, ya que los nombramientos para el rango de *mansabdar* quedaban a la personal discreción del emperador. Este cuerpo no poseía la unidad social horizontal que caracteriza al orden aristocrático —aunque a sus miembros más altos se les concedía el título de «nobles»—, ya que sus dispares componentes conservaban siempre la conciencia de sus diversos orígenes étnicos, que lógicamente daban lugar a la formación de facciones. La obediencia vertical al mando imperial era lo único

[130] Bajo el dominio mogol quizá se regase el 5 por 100 de la tierra cultivada: Maddison, *Class structure and economic growth: India and Pakistan since the Moghuls,* Londres, 1971, pp. 23-4. Marx creía que la agricultura india se caracterizaba por el riego intensivo, y que el colonialismo británico había destrozado la sociedad india tradicional al industrializarla. Irónicamente, y después del efímero auge provocado por los ferrocarriles a mediados del siglo XIX, los efectos del dominio británico fueron diametralmente opuestos. Los británicos implantaron en la India una industria insignificante, y por el contrario buena parte de la agricultura se convirtió por vez primera al regadío. A finales del Raj, la tierra irrigada se había multiplicado por ocho y abarcaba una cuarta parte de la extensión total, incluyendo algunas espectaculares canalizaciones en el Punjab y el Sind. Véase Madison, p. 50.

[131] Habib, «Potentialities of capitalistic development» pp. 54-5.

[132] P. Spear, «The Mughal "mansabdari" system», en E. Leach y S. N. Mukherjee, comps., *Elites in South Asia,* Cambridge, 1970, pp. 8-11.



que les mantenía unidos. Los *mansabdars* residían en las ciudades y estaban obligados a mantener un ejército del Estado mogol. El costo del mantenimiento de estas tropas absorbía, aproximadamente, dos tercios de sus ingresos procedentes de las asignaciones de *jagirs* o de los asalariados del tesoro central. El término medio de la tenencia de un *jagir* era inferior a tres años, y todos eran recuperables por el emperador, que cambiaba constantemente a sus titulares con objeto de impedir que echaran raíces en las regiones. Entrelazados por todo el país con este sistema estaban los *zamindars* autóctonos o potentados rurales que disponían de séquitos de infantería y de castillos y a quienes se les permitía recaudar un tajada mucho más pequeña del excedente producido por los campesinos, aproximadamente un 10 por 100 de las rentas de la tierra que correspondían al Estado en la India del Norte [133].

Las rentas agrarias se consumían principalísimamente en las ciudades, donde eran suntuosos los gastos del rey y de los *mansabdars* en palacios, jardines, huertos, criados y otros lujos. En consecuencia, la urbanización era relativamente alta, alcanzando quizá a una décima parte de la población. En diversas ocasiones, los viajeros estimaron que las ciudades indias de principios del siglo XVII eran más grandes que las de Europa. La mayor parte de la fuerza de trabajo urbana era musulmana y el trabajo artesanal era numeroso y cualificado. Esas artesanías dieron lugar en algunas zonas a la implantación de un sistema de trabajo a domicilio bajo el control del capital mercantil. Pero las únicas grandes manufacturas que empleaban trabajo asalariado eran de los *karjana* reales o de los «nobles», que producían exclusivamente para el consumo doméstico [134]. Las fortunas mercantiles siempre estuvieron sujetas a la arbitraria confiscación del soberano y nunca se desarrolló

[133] Habib, *The agrarian system of Mughal India,* pp. 160-7 ss.; «Potentialities of capitalistic development», p. 38. Si se prescinde de sus diferentes orígenes, existe cierta similitud entre las respectivas posiciones estructurales de las clases *mansabdar* y *zamindar* dentro del sistema mogol y los sectores *devshirme* y *timariot* del aparato otomano de Estado: en ambos casos, una élite militar central se situaba por encima de un estrato local de guerreros. Por lo demás, su composición era diferente: el *devshirme* turco constituía un cuerpo de esclavos ex cristianos y los *timariots* eran jinetes musulmanes, mientras que los *mansabdars* mogoles formaban, por el contrario, una «aristocracia» musulmana, y los *zamindars* eran explotadores regionales hindúes. Las respectivas funciones honoríficas de cada uno de ellos en el conjunto del sistema político eran, por tanto, muy diferentes.

[134] Habib, «Potentialities of capitalistic development», pp. 61-77.

un capital protoindustrial. El Estado mogol, principal instrumento de explotación económica de la clase dominante, duró ciento cincuenta años, hasta que sucumbió frente a las rebeliones campesinas, el separatismo hindú y la invasión británica.